

ta el último estadio de perfeccionamiento alcanzado por ECM en su lucha por ser "el más bello sonido próximo al silencio". Gismonti, compositor de la mayoría de los temas interpretados en el concierto, aportaba la variante rítmica en el piano o la guitarra, mientras que Garbarek y Haden parecían desentenderse del ritmo para concentrarse en una melodiosidad transfigurada y, a veces, excesiva. Allí predominó lo rapsódico, y hubo momentos en que al que suscribe le chirriaban los dientes de tanta dulzura y eteridad. Con todo, aquello tenía empaque, y una suerte de swing aristocrático, como correspondiente a una versión aggiornada del Modern Jazz Quartet. Es de lamentar que al día siguiente del concierto no saliera a la venta el LP "Mágico", primero que graba el trio, porque en él está, sin duda, lo más representativo del sonido ECM hoy por hoy.

Ah, porque se me olvidaba decirles que este concierto se realizó para promocionar la edición en España de los discos de la marca ECM, etiqueta europea que, partiendo de un propósito de libertad total, ha venido a dar en un jazz de cámara de sonido perfectamente identificable. Y hay que reconocer que la presentación ha salido redonda: oír a Garbarek-Gismonti-Haden es, en la actualidad, oír a ECM. Si no me creen, esperen a "Mágico". ■

JOSE RAMON RUBIO.



Gotas nada más

M I respetado presidente y querido amigo: Nunca hubiera pensado en que habría de llegar el triste momento de añorar los viejos y felices tiempos en los que antes de publicar una sola línea el editor había de acudir con las galeradas bajo el brazo al Departamento de Orientación Bibliográfica (censura para los rojazos), del extinto Ministerio de Información y Turismo, con objeto de que los santos y cultos representantes del ideario y de la moral pública pusteran el "nihil obstat" a los calenturientos textos de los escritores españoles, homínidos siempre proclives, como es bien sabido, a la disolución de la familia, el municipio y el sindicato. Y aunque en los nidos de antaño siguen viviendo confortablemente los pájaros hogaño,

es lo cierto que el desmantelamiento apresurado de las nobles y ejemplares instituciones del antiguo régimen ha dado lugar, entre otros, al lastimoso hecho de que en todas las librerías del país se exhiba actualmente un grueso volumen, en cuya misma cubierta se te tacha de ambicioso y se reproduce una vieja fotografía tuya, jurando un cargo con el vistoso uniforme de la época, que te quedaba divino, Adolfo, de verdad. El autor del libro se olvida de que de no haber sido por tu genio político clarividente y por tu noble sacrificio al frente de la nave del Estado no hubiera visto la luz ni una sola coma de su venenoso texto ni hubiera podido pintar, con esos aires de irónica suficiencia que sólo la inexperiencia de la juventud justifica y hace perdonables, la ponzoñosa contrafigura de tu limpio historial de hombre público. Y agárrate a la poltrona, hermano, que la cubierta del libro es una pálida imagen de las insidias que contiene el texto. Aquí y allá se entra a saco en tu "currículum", como si de una almoneda se tratara, y se refieren prolijamente tus fracasos en las oposiciones, ese horror de nuestras vidas, como si lo propio de los españoles fuera asemejarse a Fraga, que ése, sí, las ganó todas; cuando se nos revela tu pobre expediente universitario, la escasa y por ello mismo inteligente desconfianza que ejercías acerca de tus saberes jurídicos, se desconoce, a lo que parece, el penoso estado de postración científica en que quedó sumida nuestra Universidad después de la cobarde e injustificable huida, al término de la guerra civil, de los insignes maestros que impartían la sabiduría en sus aulas; se te reprocha tu acercamiento al Opus Dei, a la Iglesia, a los personajes políticos influyentes de la época, siempre con tu aire humilde y servicial, el pelo impecablemente cortado (que eso gusta mucho a las damas, Adolfo: el pelo), como si a un muchacho de tu extracción se le ofreciera por entonces otro ca-

mino, además de la cadena de montaje de la Mercedes-Benz, que no fuera el de las recomendaciones para conquistar un lugar bajo el sol en la dura paramera franquista. Se comenta en el libro con aire jocoso que siempre fuiste un negado para los idiomas, pretendiendo desconocer el hecho cierto de que, derrotadas Italia y Alemania, España y la lengua española quedarán aisladas y constituidas en la reserva espiritual de Europa, y resultaba de todo punto evidente que un hidalgo castellano, heredero directo de un Imperio en el que no se ponía el Sol, no precisaba de tales saberes ni ínfulas de ilustrado; en el texto se indica, en fin, en diversas ocasiones, la penosa debilidad de tu formación intelectual, el hecho trivial, que el autor cuenta con evidente

regodeo, de que jamás leíste un libro, como si los libros fueran algo imprescindible en nuestras vidas, instrumento y llave de nuestra salvación, y no, como suele ser habitual, vehículos que el diablo utiliza para inficionar los espíritus y alumar ciudadanos rebeldes y sin causa. Toda esa anécdota (pues la aportación del autor no cabe situarla seriamente en el plano riguroso de la historiografía) y mil pequeños detalles, cuales son, para no citar más que dos de ellos, el del desprestigio sistemático de



ANTON AMARGO

esas nobles figuras de nuestra vida política que son José Solís Ruiz y don Laureano López Rodó, dibujan más bien el cuadro de una época, en la que tú apareciste, como enviado por la Providencia, para mayor honra y bienestar de España y de los españoles. Acusaciones veladas, párrafos irónicos, torpes insidias vertidas en una prosa que se recorre, para qué vamos a negarlo, con verdadera pasión, nos dan la clave, no de lo que tú eras, Adolfo, chiquillo, sino de lo que fue, en verdad, el horror de nuestra juventud. Pues bien, querido amigo, desorientado hermano de maleta en una inhóspita estación madrileña de los hambrientos cincuenta, cachorro de la vieja estirpe, todos esperamos mucho de ti, de Banesto y del Pentágono. Y no quisiera terminar esta carta abierta sin decirle a ese jovencito que ha tenido la osadía de relatar la fantástica odisea de tu vida, que si ese perrillo que tienes amestrado y que espera a tus ilustres visitantes a las puertas del palacio de la Moncloa, aportando un fino toque europeo de distinción, no olfatea a tiempo los graves riesgos que te acechan y te quedas entre nosotros, el mundo verá, asombrado, cómo la izquierda lucha contigo en la misma trinchera. Esta presumible circunstancia, más que mis palabras, dará cabal idea al autor de la biografía de tu verdadera talla de hombre de Estado y le enseñará, en verdad, cuál es la verdadera cuna del surrealismo. ■